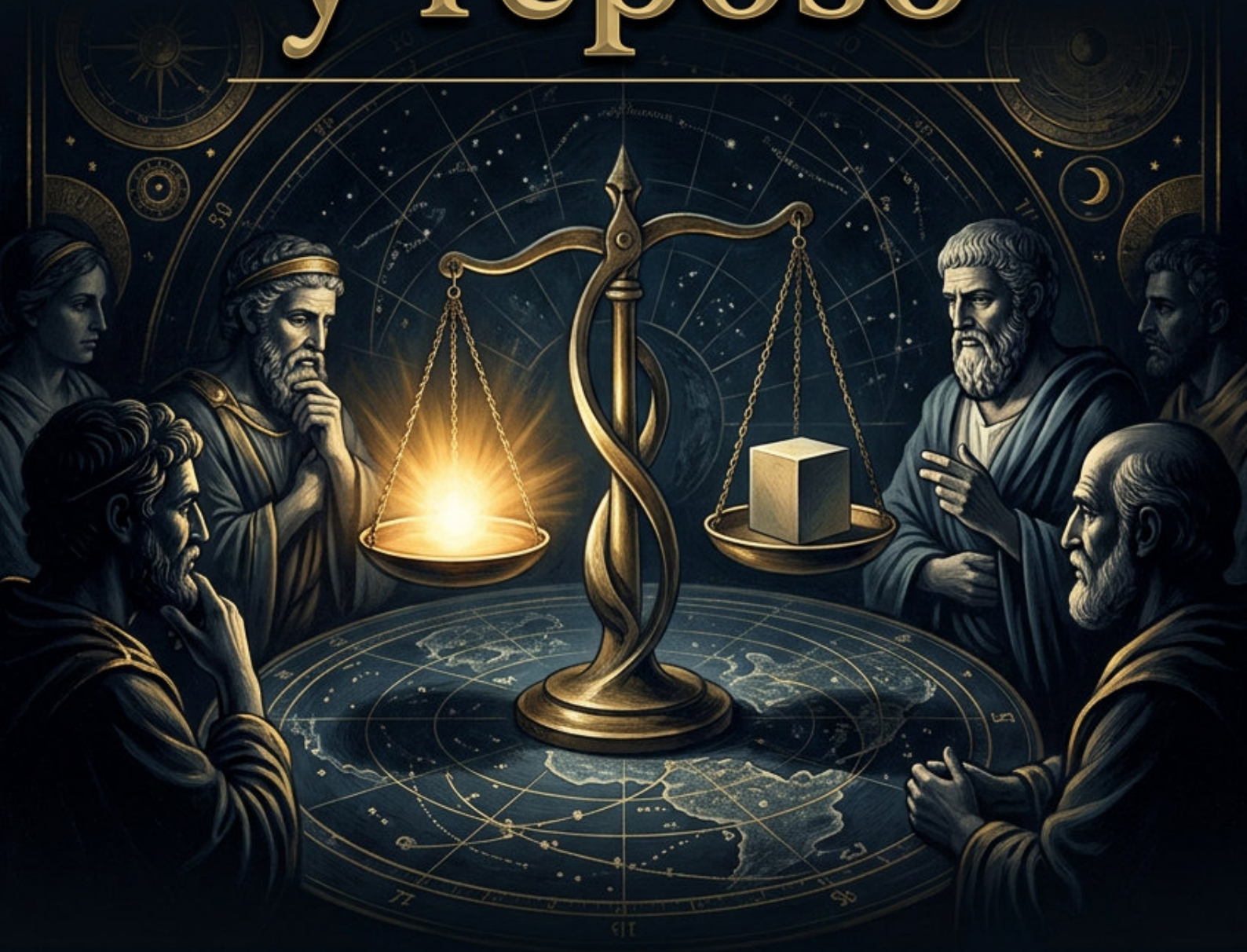
EL ÁGORA · ENCUENTRO

Placer, medida y reposo



Los presentes: Platón de Atenas · Epicuro

17 de noviembre de 2026

Placer, medida y reposo

Platón de Atenas · Epicuro

Placer, medida y reposo

Tema. ¿Es el placer el bien, o sólo una señal de que algo marcha bien?

Nota del Ágora

Lo que sigue no pasó nunca. Juntamos en una conversación a pensadores que vivieron con siglos de distancia y que, casi siempre, nunca se leyeron entre sí. Es un artificio, y preferimos avisarlo de entrada. Y hay algo más: leer a cualquier filósofo del pasado ya es un acto anacrónico, porque lo hacemos con los ojos de nuestro siglo y traducimos sus palabras a problemas que son los nuestros. Así que el problema no es el anacronismo, que es inevitable, sino esconderlo.

Tampoco son las voces históricas. Son reconstrucciones que arma un modelo de lenguaje a partir de lo que estos autores escribieron y de lo que se escribió sobre ellos. Hablan en un formato de debate que ninguno habría reconocido como propio, sobre preguntas que ninguno habría planteado con estas palabras. Y eso es justo lo que vale la pena escuchar: no el acuerdo, sino la fricción entre maneras de pensar que no encajan.

Los presentes y sus horizontes. Platón de Atenas (clásico, c. 428/427 a.C. - c. 348/347 a.C.) · Epicuro (helenístico y romano, 341 a. C. - 270 a. C.). Modera Sócrates de Atenas (clásico, c. 470 a.C. - 399 a.C.), que conduce el encuentro preguntando y no expone doctrina propia.

Diferencias conceptuales en juego

Qué nombra la palabra «placer»

Platón. Dentro de su marco, el placer se juzga en el diálogo como una de las cosas que deben pesarse en una mezcla con la prudencia, como un artesano que mezcla materiales. No es el criterio último: el bien pertenece al orden de las Formas, y el placer aparece como algo que hay que ordenar y medir frente a la razón.

Epicuro. Para él, el placer (hedoné) es principio y fin de la vida feliz, y su medida está en el cuerpo sin dolor y el alma sin turbación. Un pan y agua pueden dar el mayor placer cuando satisfacen una necesidad real, de modo que el placer se mide por la ausencia de carencia y no por la intensidad del goce.

Ambos usan la palabra para algo que se siente, pero uno la coloca entre objetos que deben ordenarse por una razón que la trasciende, y el otro la convierte en la medida misma de lo bueno. Por eso no es el mismo concepto en sus bocas.

Qué significa que algo «marcha bien»

Platón. Su bien es una Forma suprema, causa de la verdad y del ser de las demás, una razón que ordena el cosmos. Que algo marche bien significa participar de ese orden, y el placer solo indica algo si se lo pesa frente a esa medida inteligible que no se siente.

Epicuro. Para él, la señal del bien es el propio sentir: lo que quita el dolor del cuerpo y la turbación del alma es lo que vale. Marchar bien es una vida autárquica y frugal, y el placer no necesita una instancia superior que lo garantice.

Platón busca un criterio fuera de la sensación; Epicuro encuentra el criterio en la sensación misma. La

pregunta del tema, que trata al placer como señal, presupone justamente la separación que uno rechaza y el otro no reconoce, así que los dos sustantivos apuntan a cosas distintas.

Apertura - socrates

Bienvenidos al Ágora. Hoy nos reunimos para examinar una cuestión que todos creemos conocer: si el placer es el bien, o si sólo es una señal de que algo marcha bien en nosotros. La diferencia no es menor. Si el placer fuera el bien mismo, bastaría con procurarlo y el problema sería de cálculo; si fuera sólo señal, habría que preguntar qué es aquello de lo que el placer da testimonio, y cómo distinguir el placer que engaña del que informa. Convocamos a Platón, que sostiene que el bien tiene una naturaleza propia frente a la cual el placer se mide, y a Epicuro, que hace del placer el fin de la vida, pero exige juicio para elegirlo. Ambos reclaman que no nos quedemos con la impresión primera. Vamos a examinar sus palabras con cuidado, y empezaré, como siempre, por pedirles que digan qué entienden por cada término.

Antes de decidir si el placer es el bien o sólo su señal, díganme ambos: ¿qué es el placer, y cómo sabemos que un placer es verdadero y no apariencia de placer?

Conversación

Platón de Atenas - Sócrates, me pides dos cosas, y las tomo en orden, porque quien no sabe qué es lo que busca tampoco sabrá reconocerlo cuando lo encuentre.

Primero, qué es el placer. Reúno los casos dispersos bajo un solo género: hambre saciada, frío que cede, la alegría de aprender, el aroma que llega sin que lo hayamos echado de menos. ¿Qué tienen en común? Que el alma o el cuerpo se mueven hacia su estado natural. Digo, entonces, que el placer es un proceso, un restablecerse, y que el dolor nace cuando, en mis palabras, «la armonía se rompe en los animales, desde el mismo momento la naturaleza se disuelve». El placer acompaña la recomposición de esa armonía. Y de ahí se sigue lo que importa: todo lo que se produce en vista de otra cosa pertenece a una zona, y aquello en vista de lo cual se produce, a otra. El placer es devenir, es camino; el bien es el término hacia el cual el camino se hace. Quien pone el placer como fin confunde la ruta con la ciudad.

Ahora divido, porque el género no basta. Hay placeres que son mero alivio de un dolor: el sarnoso que se rasca goza, pero goza porque sufre. Esos están mezclados, y nadie sensato llamaría bien a lo que no puede existir sin su contrario. Hay otros placeres, los del aprender, los de la forma pura y la proporción, que no suponen una carencia dolorosa previa. Estos son limpios. Y de allí la distinción que te debo: el placer puro no es la ausencia de dolor, ni el dolor puro la ausencia de placer, aunque la mayoría de los placeres que llegan al alma por el cuerpo no son sino alivios.

Segundo, cómo sabemos que un placer es verdadero. No por su intensidad. La intensidad engaña: las cosas, vistas de cerca o de lejos, parecen mayores o menores de lo que son, y lo mismo les pasa al placer y al dolor. Hay que quitar, como se hace con la perspectiva, lo que en ellos es sólo apariencia. Y para eso el sentimiento no puede ser juez de sí mismo. El criterio es la razón con experiencia y sabiduría: ¿hay algo mejor? Y la medida a la que se apela es la proporción, pues la esencia del bien se refugió en lo bello, en la justa medida. Un placer es verdadero cuando es ajustado a esa medida, y falso cuando es una imagen caricaturesca de ella; por eso el malvado también tiene placeres, pero imágenes torcidas, y el hombre bueno los tiene verdaderos.

Así que a Epicuro, que viene de otra orilla, le devuelvo la pregunta: cuando dice que el placer es el fin, ¿con qué vara separa el placer que informa del que engaña? Si la vara es el propio placer, gira en círculo; si es la razón que juzga, entonces ya ha puesto algo por encima del placer.

socrates profundiza: Epicuro, Platón te devuelve una pregunta que no conviene esquivar: si el criterio para distinguir el placer que informa del que engaña es el propio placer, el argumento da vueltas sobre sí mismo; y si es la razón la que juzga, ya hay algo por encima del placer. Antes de elegir entre esas dos salidas, dime con precisión: cuando un placer se presenta como verdadero, ¿qué lo acredita? Y si lo que lo acredita es un juicio, ¿ese juicio es él mismo placentero, o es otra cosa que el placer necesita para no engañarnos?

Epicuro - Platón, tu dilema supone que sólo hay dos salidas, y yo te digo que hay una tercera. Antes quiero concederte lo que tu analogía ilumina. Dices que el placer puede ser imagen torcida, como la cosa vista de lejos parece menor. Muy bien, pero ahí se ve dónde está el error. El que ve pequeña la torre no se equivoca en lo que ve. Se equivoca en la opinión que agrega sobre lo visto. Lo mismo pasa con el placer. Lo que se siente, cuando se siente, es verdadero, y nada lo refuta: ni otra sensación, que vale igual, ni la razón, que depende por entero de la sensación. Si rechazas una sola sensación sin discriminar entre lo que espera confirmación y lo que ya está presente, dije, confundes todas las demás y pierdes el criterio de verdad. El placer verdadero y el aparente no se distinguen por una vara extraña a él. Se distinguen porque a la afección presente se le suma, o no, una opinión vana: que el banquete fundará la dicha, que el dolor del hambre es insoportable, que la muerte es un mal.

Respondo entonces a Sócrates. ¿Qué es el placer? No es movimiento de restablecimiento, como quiere Platón, sino lo que queda cuando el dolor ha sido quitado. Es no sentir dolor en el cuerpo ni turbación en el alma. Cuando lo hemos alcanzado ya no hay nada que añadir, sólo variar. Tu sarnoso que se rasca me da la razón, porque goza en la medida en que el dolor cede, y el límite está donde cede del todo. Y no llamo bien a un camino: llamo bien al estado que lo termina.

¿Qué acredita ese placer? La sensación presente, no el juicio. ¿Y el juicio? Es otra cosa que la sensación, pero no es otra cosa que el placer. Es razonamiento sobrio que busca las causas de cada elección y rechazo y expulsa las creencias que arman las mayores tormentas del alma. Es un instrumento al servicio del fin, como el médico lo está al servicio de la salud. No lo pongo por encima, así como la medicina no está por encima de la salud. Mide placeres contra placeres, conveniencias contra inconveniencias, y no tiene otro objeto que quitar el dolor y la turbación. Por eso lo llamo el bien máximo en el obrar, pero no el fin. Y tú, ¿cómo sabes que la medida que invocas es buena, si no es porque su ausencia duele?

socrates profundiza: Platón, Epicuro te responde que el juicio no está por encima del placer, sino al servicio de él, como la medicina lo está de la salud, y que mide placeres contra placeres y dolores contra dolores. Entonces dime: esa medida que vos invocás, la proporción, ¿es anterior al placer o se mide ella misma con placeres y dolores? Si es anterior, ¿qué es, y cómo la conocemos sin pasar por lo que sentimos?

Platón de Atenas - Respondo, Sócrates: la medida es anterior. Y te lo muestro con la comparación de Epicuro, que me sirve. Dice que el juicio está al servicio del placer como la medicina al de la salud. Subo un peldaño: el médico, ¿sabe qué es la salud porque se siente bien, o la reconoce por el orden de las partes? Hay quien se siente espléndido en plena fiebre, y su placer es falso. Así que la salud, para ser norma, tiene que ser anterior a la sensación que dice informar de ella. Con la proporción pasa igual. Si se midiera con placeres, mediríamos placeres con placeres y no habría regla, sólo vaivén. Por eso sostengo que «la potencia del bien se nos ha refugiado en la naturaleza de lo bello; en efecto, la medida y la proporción coinciden en todas partes con belleza y perfección». Y cómo la conocemos: no por el cuerpo, sino cuando el alma, examinando por sí misma, «se dirige a lo que es puro, eterno, inmortal, inmutable». Epicuro, concédeme una cosa: ¿la ausencia de turbación que llamas fin, la reconocés por sentirla o por saber qué es una vida sin turbación?

Epicuro - Platón, me preguntas si reconozco la ausencia de turbación por sentirla o por saber qué es. Por las dos cosas, y ninguna sale del placer. La sentimos, y por eso sabemos que es el fin. Sabemos cómo se la alcanza porque razonamos sobre ella. Eso es lo que distingo: «Peace of mind and freedom from pain are pleasures which imply a state of rest; Joy and delight are seen to consist in motion and activity.» («La paz del ánimo y la ausencia de dolor son placeres que implican un estado de reposo; el gozo y el deleite consisten en movimiento y actividad.») El vaivén que describes es el placer en movimiento. Tu fiebre es un caso de eso: el febril goza de un ánimo que no tiene, y su error es una opinión añadida, no una sensación falsa. El reposo, en cambio, no pide regla trascendente: cuando falta el dolor, ya no necesito más placer. Tu medida pura y eterna, si no la siento como quietud, no la reconozco como mía. Y si la siento, me da la razón.

Cierre - socrates

Amigos, no voy a decidir esta cuestión, porque no la sé, y ustedes tampoco la cerraron. Lo que queda en pie es esto. Platón sostiene que el placer es un movimiento de vuelta a un estado natural, que la medida que lo juzga es anterior a toda sensación y que se conoce por el alma que examina lo puro. Epicuro sostiene que el placer es el fin, que la quietud sin dolor se reconoce por sentirla y que el juicio sirve al placer como la medicina a la salud. Ninguno respondió del todo. La analogía de la torre vista de lejos quedó esquivada por Platón, y la pregunta sobre si la proporción se conoce sin pasar por lo sentido quedó esquivada por Epicuro. Sigue pendiente si una medida que no se siente como quietud puede ser reconocida como propia. Esa es la aporía: no sabemos si el placer es el bien o sólo su señal, ni qué nos permitiría distinguir la señal verdadera de la falsa. Llévense esa perplejidad a casa y examínenla.

Mapa de jugadas dialécticas

1. Platón de Atenas, a Epicuro · distinción · Dialéctica platónica: División y Reunión (reunir los placeres bajo un género y dividir hasta separar el verdadero del aparente); distinción

2. Epicuro, a Platón de Atenas · distinción · sin escuela escrita, mis propias categorías (sensación, prolepsis, afección, opinión añadida); disanalogia controlada

3. Platón de Atenas, a Epicuro · regreso al infinito · Elenchus (refutación por preguntas y premisas concedidas); escalera de presupuestos

4. Epicuro, a toda la mesa · distinción · sin escuela escrita, mis categorías (aponía, ataraxia, reposo y movimiento); distinción operativa entre placer en reposo y en movimiento

Epílogo, la fricción que el debate ocultó

Cuando «placer» significó vaivén para uno y quietud para el otro

Platón y Epicuro parecieron discutir si el placer puede juzgarse a sí mismo. Platón entendió que la medida, la proporción anterior a toda sensación, debía regir el placer desde fuera, y que medir placeres con placeres no daría regla. Epicuro entendió que el criterio está en sentir. Pero el placer que Platón describe como vaivén es el placer en movimiento, mientras que Epicuro defiende la paz del ánimo, que es reposo y no fluctúa. La pregunta de Sócrates sobre si la medida se reconoce sin sentirla quedó esquivada, y la objeción de que una medida que no se siente como quietud no es reconocible como propia quedó pendiente. El formato de turnos hizo invisible que hablaban de dos estados distintos del placer.

La fricción, y no el acuerdo, era el objeto de este encuentro. Esta lectura es una reconstrucción desde el siglo veintiuno, que ordena las palabras de Platón y Epicuro con un criterio que ninguno de los dos

usó.